

**Material de formación política de la
«Cátedra Che Guevara – colectivo Amauta»**



José Nun
**"Superpoblación relativa, ejército
industrial de reserva y masa
marginal"**

Extracto, reproducido de *La Teoría Social Latinoamericana*, [Textos escogidos] Tomo II: *La teoría de la dependencia*
Ruy Mauro Marini y Mária Millán (Compiladores)



Damos secuencia, con este libro, a la publicación de materiales que sirvieron de base para las ponencias y discusiones del seminario interno permanente programado por la Coordinación de Estudios Latinoamericanos (CELA) de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales para el período 1993-1995, y que cuenta con el apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) de la UNAM.

Esta selección de textos se encuentra dedicada a la corriente de pensamiento que, emergiendo en la segunda mitad de la década de 1960, quedó conocida como teoría de la dependencia.

A las jóvenes generaciones que, por desgracia se están formando en un ambiente intelectual en que el neoliberalismo ha logrado imponer su hegemonía, les hará bien la lectura de estos escritos. Al revés de la subordinación a los valores del mercado y de la promoción individual, ellos proponen la transformación radical de la sociedad, orientada en la perspectiva del progreso, la democracia y la justicia. Su mensaje esencial es la exigencia de que nos constituyamos en una verdadera humanidad, la cual —como dijo Max Scheller—, no es el punto de partida, sino el de llegada.

José Nun

La marginalidad en América Latina¹

Extractado de Nun, J., "Superobulación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal", *Revista Latinoamericana de Sociología* Buenos Aires, Vol. 5, num. 2, julio 1969, pp. 180-225.

(...)

El concepto de superpoblación relativa

Como se sabe, *El Capital* es una obra inconclusa que elabora parcialmente la teoría particular del modo de producción capitalista en su fase competitiva. (Digo parcialmente pues lo que expone es la teoría regional de la instancia económica de este modo de producción en esa fase).

Desde el título —"Producción progresiva de una superpoblación relativa o ejército industrial de reserva" (Marx, 1956,1, p. 507) —, el apartado 3 de su capítulo XXIII parece identificar dos de las nociones mencionadas al comienzo, lo que ha inducido a la mayoría de los comentaristas de la obra a considerarlas como sinónimos. Así, uno de sus exegetas más serios se refiere a Marx y a "su famoso concepto del 'ejército de reserva del trabajo', o como también lo llamo, la 'población excedente relativa'," (Sweezy, 1958, p. 100).

¹ El autor indica que el trabajo reelabora en parte ideas expuestas en Nun, J., J. C. Marín y M. Munnis, *La marginalidad en América Latina: informe preliminar* Buenos Aires, CIS, 1968. (N. Comp.)

Esta asimilación resulta, sin embargo, incorrecta: no solo se trata de dos categorías distintas sino que se sitúan a diferentes niveles de generalidad. Mientras el concepto de ejército industrial de reserva corresponde a la teoría particular del modo de producción capitalista, los conceptos complementarios de "población adecuada" y de "superpoblación relativa" pertenecen a la teoría general del materialismo histórico.

En el mismo apartado aludido hay ya un párrafo que así lo deja entender.² Pero es la publicación de los *Grundrisse der Kritik der Politischen Ökonomie*³ la que ha venido a despejar toda duda al respecto. Basándome, por eso, en los pasajes pertinentes de este texto (Marx, 1968, II, esp. pp. 105-113), sintetizaré el razonamiento en que se fundan las nociones de "población adecuada" y de "superpoblación relativa":

1. Los trabajadores y los medios de producción constituyen los factores fundamentales de todas las formas sociales de producción.
2. Sin embargo, mientras permanecen separados, son solo factores en estado virtual. "Para cualquier producción, es preciso que se combinen. La manera especial en que se opera esta combinación es la que distingue las diferentes épocas económicas por las cuales ha pasado la estructura social" (Marx, 1956, II, p. 36).⁴
3. La forma específica que asume esta combinación establece en cada caso el tamaño de la población que puede considerarse adecuada: "sus límites dependen de la elasticidad de la forma de producción determinada; varían, se contraen o se dilatan de acuerdo con estas condiciones" (Marx, 1968, II, p. 107).
4. La parte de la población que excede tales límites permanece en el estado de mero factor virtual pues no consigue vincularse ni a los medios de su reproducción ni a los productos: es lo que se denomina una superpoblación. Conviene subrayar, por lo tanto, que "son los medios del empleo y no los medios de subsistencia, los que hacen ingresar al trabajador en la categoría de la superpoblación. En realidad, es necesario concebir esta fórmula de una manera todavía más general y vinculada a la mediación social que le permite al individuo ligarse a los medios de su reproducción y a los productos. En una palabra, se trata de las condiciones de producción y de las relaciones del individuo con ellas" (Marx, 1968, II, p. 109).
5. De lo expuesto se desprende que: a) los límites de la población adecuada fijan, a la vez, los de la superpoblación, ya que la base que los determina es la misma; b) el excedente de

² "...en realidad, todo régimen histórico concreto de producción tiene sus leyes de población propias, leyes que rigen de un modo históricamente concreto. Leyes abstractas de población solo existen para los animales y las plantas, mientras el hombre no interviene históricamente en estos reinos" (Marx, 1956, I, p. 509).

³ Este trabajo fundamental —preparatorio pero, en muchas partes, mis amplio que *El Capital*, dado el aludido carácter inconcluso de este— fue escrito por Marx en 1857/58 y, pese a una edición rusa de 1939/41, permaneció de hecho ignorado hasta 1953, en que se publicó en Berlín una versión alemana. Como señala Hobsbawm (1966, p. 8): "Puede decirse, sin vacilar, que cualquier análisis histórico marxista que no tenga en cuenta esta obra —es decir, prácticamente todos los análisis anteriores a 1941, y por desgracia muchos de los posteriores— deben ser reconsiderados a su luz". Me he servido de la reciente traducción francesa (Marx, 1968), aunque en el texto identificar la obra con la primera palabra del título en alemán —*Grundrisse*— que la individualiza usualmente.

⁴ En este, como en algunos otros pasajes, he alterado ligeramente la traducción castellana, comparándola con la versión francesa de *El Capital*.

población es siempre relativo, pero no a los medios de subsistencia en general sino al modo vigente para su producción: "es entonces únicamente un excedente para tal nivel de desarrollo" (Marx, 1968, II, p. 110), o sea, que no se trata de un hecho uniforme sino de una relación histórica,⁵ y c) las condiciones de producción dominantes deciden tanto el carácter como los efectos de la superpoblación.

Se advierte sin dificultades la extensión de la categoría, restringida indebidamente por las interpretaciones a que antes aludí. El concepto de superpoblación relativa corresponde a la teoría general del materialismo histórico y Marx (1968, II, p. 106) lo indica de manera expresa: "Cada modo de producción tiene sus propias leyes de crecimiento de la población y de la superpoblación, sinónimo esta última de pauperismo".

Si hago hincapié en el punto no es por un prurito escolástico sino porque, al no tenerlo en cuenta, se ha tendido a confundir dos problemas: el de la génesis estructural de una población excedente y el de los efectos que su existencia provoca en el sistema. Aquellos principios generales guían el análisis teórico de los movimientos de población propia de cada modo de producción; pero es solo el estudio de la estructura particular de este el que permite detectar las consecuencias que tiene para él la eventual aparición de una superpoblación relativa.⁶

A este fin, es útil introducir con propósitos heurísticos la idea de "función". A diferencia del uso que hace de ella la escuela funcionalista clásica, se trata aquí de emplearla como una noción metateórica, referida a una clase de atributos excluyentes comprendidos en una proposición formal del tipo: "dados un elemento x y un conjunto y, la relación entre ambos puede ser funcional, disfuncional o afuncional". Como se ve, éste es un enunciado que no concierne a la realidad social sino al lenguaje que utiliza el investigador para analizarla (Boudon, 1967, p. 25). Aplicado a nuestro objeto, lleva a preguntarse, en cada caso, por la funcionalidad que reviste el excedente de población y, de acuerdo a ella, por los mecanismos de respuesta que elaboran las distintas instancias estructurales del modo de producción examinado. (...)

El concepto de ejército industrial de reserva

Es necesario referir ahora el análisis que precede a la teoría particular del modo de producción capitalista y, especialmente, a la teoría regional de su instancia económica. La tesis que quiero sostener en esta parte puede resumirse así: la incorrecta asimilación de las categorías "superpoblación relativa" y "ejército industrial de reserva" ha llevado a confundir, en el estudio del capitalismo, los procesos específicos que generan una población excedente con los efectos que ésta provoca en el sistema. Por el contrario, ambas cuestiones deben diferenciarse: al indagar esos procesos específicos, se obtienen las

⁵ Este es el núcleo de la crítica a Malthus, no siempre bien entendida (cfr., por Ej. Sauvy, 1963). Marx no pone en duda que, en ciertos contextos productivos, la población pueda crecer más rápidamente que los medios de producción y de subsistencia (cfr. Marx, 1968, II, p. 107). Lo que cuestiona es la concepción abstracta y ahistórica defendida por el monje inglés, esa "pedantesca ingenuidad"; que lo lleva a interpretar los movimientos demográficos del siglo XIX con pautas extraídas del análisis de los efectos de la "peste negra" en el siglo XIV (Marx, 1956, I, p. 565). Para una buena discusión del problema, ver Lantz (1964).

⁶ Desde luego, es posible la inexistencia de superpoblación en un modo de producción dado: "a un cierto nivel de la producción social puede haber o no superpoblación y sus efectos pueden variar" (Marx, 1968, II, p. 106). La meta final del socialismo —condensada en la famosa fórmula "de cada cual según sus habilidades, a cada cual según sus necesidades"— es, precisamente, la eliminación definitiva de cualquier forma de superpoblación.

características propias de la "superpoblación relativa" de este modo de producción; el concepto de "ejército industrial de reserva" corresponde, en cambio, al examen de sus efectos, de las relaciones de esa superpoblación con la estructura global. Puesto en términos más simples: en esta forma productiva no toda superpoblación constituye necesariamente un ejército industrial de reserva, categoría que implica una relación funcional de ese excedente con el sistema en su conjunto.

(...)

El concepto de masa marginal

Llamare "masa marginal" a esa parte afuncional o disfuncional de la superpoblación relativa. Por lo tanto, este concepto —lo mismo que el de ejército industrial de reserva— se sitúa a nivel de las relaciones que se establecen entre la población sobrante y el sector productivo hegemónico. La categoría implica así una doble refrenda al sistema que, por un lado, genera este excedente y, por el otro, no precisa de él para seguir funcionando.

Cuando Trotsky (1948, p. 28) analiza la desocupación de 1930 en los países capitalistas avanzados, concluye: "El actual ejército de desocupados ya no puede ser considerado como un 'ejército de reserva', pues su masa fundamental no puede tener ya esperanza alguna de volver a ocuparse; por el contrario, esta destinada a ser engrosada con una afluencia constante de desocupados adicionales". Si bien este párrafo marcha en el sentido de mi argumento, sugiere algunos comentarios que ayudaran a especificar el significado del concepto que propongo.

En primer lugar, que la "masa fundamental" de esos desocupados no vuelva a encontrar empleo no implica, obviamente, que eso le ocurra a la totalidad de los mismos. Trotsky acierta cuando apunta hacia la insuficiencia de la categoría "ejército industrial de reserva" para interpretar ese contexto; pero su señalamiento peca por exceso desde que una parte de la superpoblación sigue, sin duda, cumpliendo tales funciones. Por eso corresponde diferenciarla de la otra parte —que denomino "masa marginal"—, constituida en este caso por la "masa fundamental" a que alude el párrafo. Lo que debe quedar claro es que se trata de una distinción puramente analítica y que esas "partes" son solo separables en el plano conceptual. Sin perjuicio de que estudios concretos puedan determinar quienes tienen una probabilidad mayor o menor de hallar empleo —por razones de sexo, de edad, de educación, de experiencia, de calificación, de vinculaciones, de localización espacial, etc.— aquí se categoriza a las relaciones entre la población excedente y el sistema, y no a los agentes o soportes mismos de esas relaciones.

El otro comentario concierne a las modalidades de la masa marginal, pues esa cita podría inducir a suponer que su único componente es la desocupación. Aunque después examinaremos más de cerca este punto, conviene advertir que —a esta altura del análisis— el criterio de refrenda del razonamiento es el tipo dominante de organización productiva, o sea, el sector de las grandes corporaciones monopolísticas. Sin embargo, que este constituya el elemento central de esta fase no quiere decir que sea el único: incorporado en grado diverso a sus cálculos y estrategias, coexiste con él un contingente mas o menos amplio de pequeñas y medianas empresas, que operan en términos mucho más parecidos a los propios del estadio competitivo (cfr. Baran-Sweezy, 1966, p. 52). En rigor, se

superponen y combinan dos procesos de acumulación cualitativamente distintos que introducen una diferenciación creciente en el mercado de trabajo y respecto a los cuales varía la funcionalidad del excedente de población. De esta manera, los desocupados pueden ser, a la vez, un ejército industrial de reserva para el sector competitivo y una masa marginal para el sector monopolístico. Pero, además, la mano de obra sobrante en relación a este último no necesariamente carece de empleo ya que puede estar ocupada en el otro sector. Es decir que una baja tasa de desocupación resulta compatible con la existencia de una superpoblación relativa a la gran industria, categorizable como ejército de reserva y/o como masa marginal. En este sentido, su funcionalidad dependerá del grado de satelización del sector competitivo que, en muchos casos, puede estar trabajando para las grandes corporaciones: aparecerá así una nueva forma de *"putting-out system"* y, de hecho, las pequeñas y medianas empresas estarían contribuyendo a reducir los costos salariales del sector monopolístico. (Desde luego, otro tanto ocurriría si el sector competitivo proveyese de insumos o de servicios a las grandes empresas).

Basten estas indicaciones para señalar la complejidad del problema: el estudio de las relaciones de la superpoblación con la estructura productiva dominante en este estadio es un campo a constituir y la distinción conceptual que sugiero no pretende si no advertir su importancia. En la fase competitiva era lícito suponer que, en términos generales, la población excedente tendía a actuar como un ejército industrial de reserva; en la fase monopolística, la propia lógica del sistema obliga a diferenciar la parte que cumple esa función de la que constituye una masa marginal. En uno y otro caso, no solo varían en consecuencia los mecanismos de respuesta a nivel económico sino que cambian los efectos del fenómeno en las instancias política e ideológica.

Como se ve, he intentado hasta este momento una primera aproximación al tema de la marginalidad recurriendo a un examen sumario de algunos aspectos del "modo de producción capitalista". Será útil, ahora, hacer más específica la indagación para poder referirla a la situación actual de América Latina.

Las formaciones económica-sociales capitalistas

Distinguí al comienzo el "modo de producción" de la "formación económica-social", categoría que introduce Marx y que elabora Lenin (1957). Constituye, en efecto, un paralogismo pretender asimilar una sociedad históricamente determinada al modelo teórico abstracto a partir del cual se vuelven inteligibles, sin embargo, sus articulaciones estructurales básicas. Ante todo, en un contexto espacio-temporal dado tienden a coexistir formas productivas que declinan con otras consolidadas o en plena expansión, a la vez que se gestan relaciones nuevas: éste es el origen de la ley del desarrollo desigual de las formaciones económicas-sociales, sin duda el mayor aporte de Lenin al campo de la economía (Lefebvre, 1957, p. 230). Pero ya Marx (1968, I, p. 36) había observado que "en todas las formaciones sociales es una producción determinada la que asigna a todas las otras su rango y su importancia", proposición fundamental especificada por el mismo Lenin en un segundo principio: "la ley de subordinación al capitalismo, a la propiedad, y a la explotación capitalista de las formas anteriores de posesión, de propiedad, de explotación del hombre por el hombre (formas arcaicas, feudales y semif feudales, artesanales, comerciales)" (Lefebvre, 1957, p. 228). Sin embargo, la coexistencia y el encadenamiento

histórico de diversas formas productivas no puede pensarse en tanto simple combinatoria que las yuxtapondría sin alterarlas, sino como combinación susceptible de transformar hasta cierto punto la naturaleza de los elementos que se integran (cfr. Marx; 1968, I, p. 35; Balibar, 1966, p. 211). Por eso, Trotsky (1962, I, p. 24) complementa la ley del desarrollo desigual de las formaciones económica-sociales con otra "que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarrollo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas".

Estas proposiciones resultan cruciales para emprender el análisis particular del "modo de acción" (Lange, 1962, p. 80) de una formación económica-social, a condición de asumirlas como puntos de partida teóricos para un pasaje a lo concreto que recién permitirá especificar su contenido.

En lo que hace a nuestro asunto, el primero de los principios enunciados previene sobre la posibilidad de que en una formación dada operen distintos procesos de génesis de superpoblación relativa, con la variedad consiguiente de sus manifestaciones y de sus efectos. A la vez, la segunda ley lleva a indagar como se subordinan estos procesos a la fase dominante de la producción capitalista, que los determina al tiempo que es condicionada por ellos. Por fin, la tercera proposición señala el riesgo de estudiar tales procesos por separado desde que la unidad compleja a la que se integran es susceptible de transformar su carácter y sus consecuencias, de manera que "conocer el modo de acción de cada uno de los elementos considerado aisladamente no basta para determinar el comportamiento del sistema". (Lange, 1962, p. 81 n.)

Desde luego, esto no excluye la posibilidad de que un "elemento" —en este caso, un modo de producción— tienda a agotar la explicación teórica del sistema, por más que aún entonces la correspondencia distará de ser perfecta debido a la diferencia ya aludida de niveles de abstracción. En otras palabras, nos encontraríamos ante el supuesto de un desarrollo desigual mínimo de la formación económica-social que, si bien no la convertirá en homóloga del modo de producción, la recomendará como referente apropiado para el análisis de éste. Es lo sucedido con Inglaterra respecto al capitalismo competitivo, por eso, al tomarla en *El Capital* como base de su reflexión, Marx (1956, I, p. 522) advertía que "de todos los países es (...) el que nos brinda el ejemplo clásico (...), el único en que se ha desarrollado plenamente el régimen de producción capitalista". No es difícil explicar la paradoja de este caso "único" que constituye un "ejemplo clásico": entre las formaciones económica-sociales de la época "Inglaterra era entonces una excepción" (Lenin, 1960 a, p. 744) precisamente porque representaba un "ejemplo clásico" no de esas formaciones sino del funcionamiento del modo de producción capitalista.

Conviene detenerse un instante en este "ejemplo clásico" por dos razones. Ante todo, su carácter paradigmático permitirá ilustrar lo dicho sobre la fase competitiva del modo de producción capitalista: la superpoblación relativa tendió generalmente a actuar allí como un ejército industrial de reserva. Pero, a la vez —y conforme a las observaciones precedentes—, contribuyeron a hacer posible esta congruencia con el modelo teórico diversas circunstancias históricas no previstas por el.

Después del estímulo que le dieron en el siglo XVI la abundancia y el bajo costo de la mano de obra, la industria inglesa se vio afectada hasta fines del siglo XVIII tanto por la escasez general de este factor como por su falta de disponibilidad específica en las zonas adecuadas. La solución consistió, primero, en ir literalmente al encuentro del trabajador donde éste se encontraba, desarrollando el "*putting-out system*" en vez de concentrar la producción en establecimientos manufactureros y forzando legalmente a trabajar a quienes estuviesen en condiciones de hacerlo (Dobb, 1947, p. 231); y luego, ya en el siglo XVIII, en la invención y en el impulso de técnicas intensivas en capital, entre las cuales las máquinas de hilar y de tejer sobresalen como los ejemplos sin duda mas conocidos e importantes (cfr. Kuczynski, 1967, pp. 45-50; Knowles, 1933, pp., 28-29; Robbins, 1926, pp. 37-38).

La situación cambia radicalmente desde comienzos del siglo XIX: el mercado de trabajo se congestiona, la oferta de mano de obra se vuelve muy elástica a los bajos niveles salariales vigentes y, en rigor, una parte de la superpoblación pasa a constituir una masa marginal.⁷ La forman, en su mayoría, trabajadores a los que el proceso de acumulación primitiva ha separado ya de sus medios de producción y constituido como "libres".⁸ El dato fundamental que aquí importa retener es que Inglaterra resultaba entonces un centro de coyuntura autónomo, tanto porque su capacidad para influir sobre el resto del mundo era considerablemente mayor a su vulnerabilidad respecto a ciclos externos como porque controlaba plenamente sus decisiones de inversión. No hubo en consecuencia trabas exógenas para que la industria se desarrollara aprovechando capitalísticamente los recursos disponibles y es así que "la abundancia de mano de obra favoreció la acumulación con las técnicas existentes —uso extensivo mas que intensivo del capital— aun cuando la oferta de capital podría haber permitido un desarrollo tecnológicamente mas avanzado" (Habakkuk, 1967, p. 141). La congruencia se hace más evidente si se piensa que lo que abundaban eran los trabajadores no calificados y que las innovaciones que se introdujeron procuraron suplantar con ellos a la mano de obra calificada cuya oferta era más escasa. De esta manera, la masa marginal fue siendo absorbida tanto por la expansión de las actividades existentes como por la apertura de otras nuevas, entre las cuales la construcción de los ferrocarriles ocupó el lugar más destacado.

Hubo, sin embargo, por lo menos otro factor que contribuyó a desagotar la parte no funcional de la superpoblación. Me refiero, desde luego, al notable flujo emigratorio, que ha sido considerado una válvula de seguridad probablemente más importante para el capitalismo inglés que las mismas superganancias coloniales (Anderson, 1966, p. 24). En este sentido, es bueno tener en cuenta que, entre 1812 y 1914, las Islas Británicas, "exportaron" más de 20.000.000 de habitantes. Para una comparación útil con el caso

⁷ Ver en este número el artículo del Prof. Hobsbawm, al igual que sus excelentes tratamientos anteriores del tema (esp. 1964, pp. 72-82). Solo me limité a consignar en el texto algunos aspectos de la evolución inglesa relevantes a mi argumento. Entre los factores que contribuyeron a incrementar la oferta de mano de obra a comienzos del siglo XIX deben tenerse en cuenta: a) el crecimiento demográfico; b) la desmovilización de cerca de 400.000 combatientes en las guerras de 1792-1815; c) la liquidación de la "*cottage-industry*" (solo la decadencia de los telares domésticos arrojó al mercado a mas de un millón y cuarto de trabajadores); d) los cambios técnicos en la explotación agraria; e) la inmigración irlandesa; f) el uso abusivo y creciente del trabajo infantil y femenino, y g) la intensidad de depresiones como las de 1826 y de 1841-2.

⁸ La rápida declinación de la población rural proporciona un indicador indirecto pero significativo de la profundidad de ese proceso: hacia 1760, el sector agrario ocupaba cerca de un 70% de la población activa; según el Censo de 1811, ese porcentaje ya había descendido al 35%; para 1871, el índice no superaba el 14 % (cfr. Baiocfa, 1967, p. 295).

presente de los países subdesarrollados, baste señalar que entre 1850 y 1890, por cada tres residentes rurales que migraban hacia las ciudades, dos partían al exterior (cfr. Barratt Brown, 1963, p. 55).

De resultados de todo ello, en la segunda mitad del siglo la demanda de fuerza de trabajo empezó a enfrentar algunas dificultades, que estimularon "un renovado interés por las mejoras técnicas en el sector agrario" (Kindleberger, 1967, p. 19). En cambio, el ajuste más lento del sector industrial a las nuevas condiciones nos brinda testimonio tanto de la simplicidad excesiva del esquema de Lange como de la intrusión de otras circunstancias históricas no contempladas en el modelo teórico original. En efecto, al reducirse la oferta de mano de obra e iniciarse una sostenida tendencia ascendente de los salarios reales —sobre todo después de la Gran Depresión de 1873— debería esperarse la generalización de técnicas economizadoras de fuerza de trabajo. Esto ocurrió sólo en parte y a un ritmo bastante moderado. Las razones van desde el carácter tradicional de las orientaciones empresariales hasta los problemas de costos que planteaba la transformación de un sistema industrial arcaico pero firmemente establecido, pasando por la creciente resistencia de los sindicatos, cuya fuerza iba en aumento (cfr. Habakkuk, 1967, pp. 189-220). A esto se agrega un hecho decisivo no examinado sistemáticamente por Marx tanto por el momento histórico en que elabora su análisis como por el supuesto que adopta de un sistema cerrado: la "expansión imperialista" que, en el último cuarto de siglo, cobra todo su vigor. Surge, en esta forma, la alternativa de exportar capitales hacia regiones donde era posible obtener mano de obra mucho más barata, con lo que la ley de la acumulación pasa a operar a escala mundial. Simultáneamente, al abrirse nuevos mercados crecen las ventas al exterior —que comienzan a proporcionar un quinto del ingreso nacional de Inglaterra (Barratt Brown, 1963, p. 69) —, originando incrementos sostenidos en la producción que compensan los efectos negativos de los cambios tecnológicos sobre el nivel del empleo. El proceso no solo benefició a las industrias de exportación sino que sus ventajas se difundieron al resto del sistema: "mejoró la situación del mercado de trabajo, aumento el número de trabajadores ocupados y eleva sus salarios reales y contribuyó así, en forma prodigiosa y constante, a la extensión del mercado interior de los productos industriales" (Sternberg, 1954, p. 61).

Es pues, la acción concurrente y compleja de todas estas circunstancias —y de otras, como la lucha obrera y la legislación social⁹ — la que, entre 1860 y 1920, en el contexto de un capitalismo competitivo en pleno desarrollo, redujo la superpoblación relativa de Inglaterra a límites que la hicieron estrechamente funcional para la economía en su conjunto. Algunos de estos factores —como, por ejemplo, la emigración de la mano de obra y la conquista de mercados externos¹⁰ — actuaron en el mismo sentido en otros países de Europa Occidental

⁹ Es oportuna la reflexión de Banfi (1968, p. 43): "En el fondo, se podría decir que también la acción del sindicato y del legislador entran en el modo capitalista de usar la fuerza de trabajo, de la misma manera que los frenos, si bien con una función antagonista respecto al motor, son parte —y no accidentalmente— del conjunto 'automóvil'."

¹⁰ "Desde 1850 hasta 1914 más de 40.000.000 de personas dejaron Europa principalmente hacia el Nuevo Mundo. Dado que el promedio de la población de Europa durante este periodo fue inferior a 400.000.000 de personas, ello implica una pérdida acumulativa en seis décadas y media equivalente a más de un décimo de la población promedio; respecto a la fuerza de trabajo, una pérdida probablemente equivalente a más de una cuarta parte" (Easterlin, 1961, p. 331). Esto fue una política deliberada, como lo indican las famosas palabras de Cecil Rhodes que cita Lenin (1960 b, p. 271; cfr. Barratt Brown, 1963, p. 90). Uno de sus testimonios más claros es la obra de Martini (1897), que sostiene que Italia debe impulsar la emigración hacia las colonias con el exclusivo propósito de resolver el problema de la superpoblación. Ver también Gramsci (1959, pp. 353 ss.).

y facilitaron también allí una congruencia entre la oferta y la demanda de fuerza de trabajo cuyo eje fue, sin duda, un progreso tecnológico adecuado a los recursos disponibles.¹¹

En Estados Unidos la primera fase de la industrialización brinda un ejemplo similar que muestra, a la vez, como la ley de población del modo de producción capitalista supera las "barreras naturales" que se le oponen. Hasta mediados del siglo XIX, en efecto, la oferta ilimitada de tierra afectó seriamente el mercado de trabajo debido a la "transformación constante de obreros asalariados en productores independientes" (Marx, 1956,1, p. 615). La respuesta fue un rápido desarrollo tecnológico que, a diferencia del inglés, tendió a economizar fuerza de trabajo (Habakkuk, 1967, pp. 91-131), restableciendo un equilibrio entre la oferta y la demanda de mano de obra favorable al capital. Más tarde, cuando el agotamiento de las tierras vírgenes y el torrente inmigratorio originaron una creciente abundancia de trabajadores, la industria norteamericana —especialmente en el último tercio del siglo XIX— se inclina, en cambio, por inversiones de capital extensivas y no intensivas, tal como había ocurrido antes en Inglaterra. Sin embargo, es la etapa actual del desarrollo de Estados Unidos —nuevo centro de coyuntura autónomo— la que mayor interés presenta para nuestro análisis en la medida en que ilustra la aparición de una masa marginal en el estadio más avanzado del capitalismo monopolístico.¹²

En esta etapa, "la noción de paro o desempleo, tal como se entiende tradicionalmente, esta perdiendo significación año tras año. Las cifras de parados indican cada vez más cuantos son los normalmente inempleables por el sistema industrial" (Galbraith, 1967, p. 261). La mano de obra no calificada constituía un 36% de la fuerza de trabajo en 1910; cuarenta años después, la proporción se había reducido al 20 %; por fin, entre 1950 y 1962 descendió en forma vertiginosa al 5 % (cfr. Baran-Sweezy, 1966, p. 267). Por eso dice Harrington (1965, p. 418) que "los nuevos pobres son los pobres de la automatización": trabajadores sin formación profesional o cuyos oficios carecen ahora de uso, que ven desaparecer rápidamente las vacantes no especializadas o semi-especializadas en un mercado donde el 97 % de los nuevos empleos creados entre 1947 y 1963 fueron ocupaciones de "cuello blanco" (cfr. Silberman, 1964, p. 40).

Es significativo que las soluciones propuestas apunten más a las características de la oferta que de la demanda de mano de obra y desemboquen así invariablemente en el tema de la educación. Sin desestimar su gran importancia, conviene advertir, por una parte, que el desempleo entre los negros con instrucción secundaria —16.1 %— es casi igual al de

¹¹ Refiriéndose a la industrialización europea en el siglo XIX, escribe Hoselitz (1962, p. 59): "... el desarrollo de la tecnología industrial marchó aproximadamente a compás del crecimiento de la fuerza de trabajo no agraria, de la demanda de productos industriales y del rendimiento del sector servicios. Dado que, durante la mayor parte de su fase industrializadora, en casi todos los países europeos hubo relativamente poca regulación gubernamental de los mercados y de los precios, la distribución del capital y el grado de intensidad de trabajo y de capital de los métodos productivos estuvo estrechamente influido por los precios relativos del capital y del trabajo. Así, si ocurría una repentina expansión de la oferta de mano de obra industrial —debida a acontecimientos inesperados y aparentemente incontrolables— la introducción de mecanismos economizadores de trabajo era pospuesta hasta que la oferta de mano de obra retornaba a dimensiones más 'normales'. Ver también Landes (1966, pp. 589 ss.).

¹² "Marx derivó su modelo teórico del sistema capitalista competitivo del estudio de Gran Bretaña, que era con mucho el país capitalista más rico y desarrollado de su tiempo. Esto era necesario e inevitable. A partir del mismo principio, un modelo teórico del sistema capitalista monopolístico debe estar basado en el estudio de los Estados Unidos, que en términos de desarrollo capitalista están hoy en una posición de avanzada respecto a los demás países, similar a la de Gran Bretaña en el siglo diecinueve" (Baran y Sweezy, 1966, pp. 67).

quienes no la han completado —16.3%—;¹³ y, por la otra, que aun los cálculos oficiales mas optimistas indican que para 1975, cuando se requerirán por lo menos catorce años de escolaridad para aspirar a un buen empleo, el 26.6 % de los trabajadores de 25 a 34 años no habrá podido cursar siquiera los doce años que exige el diploma de estudios secundarios (Harrington, 1965, p. 422). El problema básico hace a la estructura de la demanda y, por lo tanto, a la forma que asumen el proceso de acumulación, el progreso tecnológico y la distribución del ingreso en una economía altamente monopolizada, regida por los criterios privados de rentabilidad capitalista. Es así que, pese a las políticas "keynesianas" del Estado¹⁴ y a una expansión considerable del sector servicios,¹⁵ hacia 1965, después de cinco años de pleno auge económico, un 20% de la población del país más rico del mundo disponía de un ingreso familiar inferior al mínimo vital estimado (US\$ 3.000 anuales) y otro 20% recibía bastante menos de lo que allí se considera necesario para gozar de un nivel de vida "modesto pero decente" (Gorz, 1967, pp. 170-1). De ahí la paradójica conclusión a que arriba Joan Robinson (1962, p. 41): "Pareciera que la principal nación capitalista esta siendo llevada gradualmente a la situación de una economía subdesarrollada. Lo que caracteriza al subdesarrollo económico es que el sistema no logra ofrecer ocupaciones a todos los trabajadores disponibles, no por una "caída" temporaria de la demanda sino por una falta de incremento en la existencia de medios de producción suficiente para darles empleo. Esta es la situación en que se hallan actualmente los Estados Unidos". Una reflexión sobre esta aparente paradoja servirá para recapitular lo expuesto y para introducir las consideraciones que siguen sobre el caso de América Latina.

El caso de America Latina

En su análisis del modo de producción capitalista, Marx distingue dos tipos de contradicciones. Una se sitúa a nivel de las relaciones productivas y define desde el comienzo a este régimen: es la que enfrenta antagonísticamente a los propietarios de los medios de producción y a los trabajadores asalariados. Esta contradicción, lejos de ser una traba para el crecimiento del sistema, lo impulsa vigorosamente y le permite liquidar las formas productivas anteriores. El segundo tipo sólo surgiría, en cambio, cuando el régimen ha alcanzado su madurez: a cierta altura de su desarrollo, las fuerzas productivas entran en contradicción con las relaciones de producción vigentes, que ahora impiden su expansión en vez de favorecerla. Esta es la contradicción fundamental que no puede ser superada sin una transformación revolucionaria del sistema y que, por consiguiente, determina el límite interno de su evolución posible. Como bien se ha señalado, a diferencia de la primera, esta

¹³ El dato es consignado por *Time*, 11/8/1967, p. 13, y citado por Adter (1969, p. 1258) en un interesante estudio que examina el "racismo blanco" precisamente en función de las características actuales del mercado de trabajo norteamericano. Vale la pena destacar que, además de una tasa de subempleo que excede el 35%, entre un 15 y un 20% de los jóvenes negros carecen de ocupación, cifra similar a la que se registro en tiempos de la gran crisis de 1929 (cfr. Mandel, 1969, p. 4; también Willhelm y Powell, 1964, pp. 3-6; Miller y Rein, 1965, pp. 69-73; Baran y Sweezy, 1966, pp. 249-280).

¹⁴ Según estimaciones oficiales, entre 1957 y 1963, por ejemplo, sólo 5% de las nuevas oportunidades ocupacionales fueron provistas por el sector privado (Seligman, 1965, p. 34).

¹⁵ Entre 1920 y 1963 el porcentaje de la fuerza de trabajo ocupado en el sector servicios pasó del 40 al 60%, mientras que la parte del sector industrial descendió en un 2%, como observa Kaldor (1967, p. 40): "Es por lo tanto posible que, en Estados Unidos, al menos una parte del incremento del empleo en el sector servicios no constituya realmente una respuesta a influencias emergentes del lado de la demanda sino simplemente la consecuencia pasiva del limitado crecimiento de las oportunidades ocupacionales en el sector industrial". Baran y Sweezy (1966, p. 343) son mas terminantes: "si no fuese por la expansión de los empleos en el llamado sector servicios de la economía (incluido el gobierno), la situación de quienes tienen que vender su fuerza de trabajo para ganarse la vida sería en verdad desesperada".

contradicción no es intencional, "aparece sin que nadie haya querido hacerla aparecer" y expresa "las propiedades objetivas del modo de producción capitalista —es decir, no de los capitalistas en tanto individuos o agentes económicos, ni de los obreros—" (Godelier, 1966, p. 79). Es decir, que mientras una concierne sobre todo a la racionalidad de los agentes, la otra pone en cuestión la racionalidad del sistema. Resulta útil a nuestro asunto volver en estos términos sobre los ejemplos ya mencionados. En la época del capitalismo competitivo —ilustrado por el caso inglés—, ambas clases de racionalidad tendieron a coincidir: guiado por el principio del *quid pro quo* y movido por su afán de lucro, el empresario contribuyó a eliminar los restos del orden tradicional y a un uso más eficiente de los recursos humanos y materiales, al tiempo que la población sobrante generada por su acción constituía un ejército industrial de reserva que operaba, a su vez, como palanca decisiva de la acumulación en curso.

En cambio, en la etapa del capitalismo monopolístico —de la que dan testimonio los Estados Unidos—, el aumento en la racionalidad de la empresa tiene por correlato una irracionalidad creciente del sistema: "al fijarse el precio de las mercancías de manera de rendir el máximo beneficio posible y no de acuerdo a sus costos de producción, el principio del *quid pro quo* se convierte en lo opuesto a un promotor de la organización económica racional y pasa, en vez, a ser una fórmula para mantener la escasez en medio de la abundancia potencial" (Baran-Sweezy, 1966, p. 337). Una parte cada vez mayor de la superpoblación relativa se transforma en una masa marginal, cuya falta de funcionalidad no es una consecuencia querida del comportamiento de los agentes económicos sino el efecto de esa contradicción fundamental entre las relaciones de producción imperantes y el nivel de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. (Esto no significa, desde luego, que el régimen este próximo a estallar pero sí que declina su dinamismo y que empieza a enfrentarse con problemas que es incapaz de resolver).

Es posible trascender ahora la apariencia paradójica de la observación anterior de Joan Robinson: Estados Unidos comienza a asemejarse a los países subdesarrollados —aquí, los de América Latina— en la medida en que genera una "masa marginal" no absorbible por el sector hegemónico de la economía; pero mientras en un caso esta masa marginal es un indicador de los límites internos que van conteniendo la dinámica del sistema, en el otro descubre a la vez los límites internos y externos que acotan tempranamente la fuerza expansiva del capitalismo y tienden a anticipar, de esta manera, el momento objetivo de la contradicción fundamental. De ahí que el fenómeno pueda manifestarse en estadios económicos tan distintos, asumiendo en cada uno formas y modalidades diversas.

Entramos así de lleno a la problemática del desarrollo desigual y combinado, que permite entender por que, en ciertas formaciones económica-sociales, el capitalismo industrial traba mucho antes que en otras el crecimiento equilibrado de las fuerzas productivas. No se trata, desde luego, de barreras absolutas o metafísicas sino de las condiciones concretas de posibilidad que la propia dialéctica del sistema fija a su evolución en determinados contextos (cfr. Lefebvre, 1957, pp. 223-4). Por eso la misma distinción entre límites internos y externos —útil por su valor heurístico— debe ser entendida en un sentido puramente analítico: la dependencia neocolonial respecto a centros imperialistas o el mantenimiento de formas productivas anteriores sólo pueden aparecer como frenos

"externos" al desarrollo cuando se toman por criterio de referencia las leyes teóricas de movimiento del "modo de producción" capitalista.

Excede los propósitos de este artículo intentar un examen específico de los obstáculos que impiden un crecimiento "igual" del capitalismo en los diversos países de América Latina. Sin embargo, el progreso de la exposición me obliga a mencionar brevemente por lo menos dos cuestiones fundamentales: a) las discontinuidades del proceso de acumulación primitiva, y b) el colonialismo tecnológico.

1

El llamado proceso de acumulación primitiva encierra la "genealogía" (Balibar, 1966, p. 285) de los dos elementos principales que combina la estructura del modo de producción capitalista: el trabajador, "libre" y el capital-dinero. En un pasaje famoso, después de advertir que este proceso "presenta una modalidad diversa en cada país", Marx (1956, I, p. 575) describe su curso en Inglaterra, donde habría revestido la "forma clásica". Otra vez, esta calidad ejemplar deriva de la adecuación de la formación económica-social a las pautas del modelo teórico, dado que la continuidad de ese proceso condujo allí al establecimiento de un régimen plenamente capitalista. (cfr. esp. Marx, 1968, I, p. 226).

Como se sabe, tanto en ese caso (cfr. Mingay, 1963) como en el del resto de Europa Occidental (cfr. Bairoch, 1967; Cole y Deane, 1965) y, más tarde, del Japón (cfr. Smith, 1966), fue condición necesaria para ese desarrollo la "revolución agraria" que precedió al crecimiento industrial. Esto no ocurrió, por cierto, en América Latina, afectando seriamente el proceso de acumulación primitiva.

En lo que concierne al capital, la inserción dependiente de los países del área en el mercado mundial como productores de alimentos y de materias primas ha hecho que el pillaje abierto, primero, y el comercio exterior, después, actuaran como verdaderas bombas de extracción de plusvalía operadas desde las metrópolis.¹⁶ Al mismo tiempo, los beneficiarios locales de este esquema han desviado de la inversión industrial una parte considerable del excedente: en el caso de los grupos de mayores ingresos, remitiéndolo al extranjero o destinándolo al consumo conspicuo, a la especulación financiera y a los negocios inmobiliarios, en el caso de un extendido estrato parásito "lumpenburgués", insumiéndolo en su propio sostenimiento.¹⁷ A esto se agregan la destrucción de recursos naturales

¹⁶ "...mientras que el mercado mundial y la economía mundial han estimulado poderosamente la industrialización de Occidente, desde el siglo XVI al XIX, sobre todo por el flujo de metales preciosos y de tesoros hacia Europa occidental donde constituyeron una de las fuentes principales de la acumulación primitiva del capital industrial, el mercado mundial y la economía mundial representan desde fines del siglo XIX uno de los principales obstáculos para la industrialización del tercer mundo, justamente en la medida en que frenan la acumulación primitiva del capital industrial" (Mandel, 1968, pp. 153-4).

¹⁷ Ver esp. Baran (1964, pp. 189-228), quien advierte: "Por una parte, la industria monopolista amplía la fase mercantil del capitalismo, al obstaculizar la transición del capital y de la gente de la esfera de la circulación a la de la producción industrial. Por la otra, al no proporcionar un mercado a la producción agrícola, ni una salida al excedente de mano de obra rural y al no abastecer a la agricultura con bienes de consumo manufacturados y aperos de labranza baratos, obliga a esta a volver a la autosuficiencia, perpetúa la ociosidad de los desocupados estructurales y favorece una mayor proliferación de pequeños mercaderes, de industrias domésticas, etc." (p. 203). Desde luego, un estudio más específico debería distinguir entre los mecanismos que frenan el proceso de acumulación y aquellos que lo distorsionan: mientras el consumo conspicuo, por ejemplo, se ubica claramente entre los primeros, las especulaciones financieras e inmobiliarias corresponden a los segundos, debido a sus efectos deformantes sobre la tasa de interés y sobre el precio de la tierra.

resultante de las explotaciones extractivas y de la monocultura (cfr. Flores, 1962, pp. 289-290; De Castro, 1952, p. 97) y las verdaderas "deseconomías externas" emergentes de las funciones de producción de buena parte de las mercancías exportables (cfr. Baldwin, 1954, p. 251).

Lo que más importan aquí, sin embargo, son los factores que restringen el proceso de formación del trabajador "libre", los cuales hacen a la compleja problemática "negativa" de "las expropiaciones parciales o fallidas" (Zangheri, 1968, p. 541). Al respecto, conviene recordar que la mano de obra solo puede aparecer como "libre" en el mercado si se han disuelto: a) sus lazos con la tierra en tanto "condición natural de la producción", tal como existen, por ejemplo, en las comunidades agrarias primitivas; b) su relación de propiedad con el instrumento de producción, como en el caso de los artesanos; c) su participación en un fondo de consumo que le asegura medios de subsistencia, como en los supuestos precedentes o en el del trabajador familiar no remunerado, y d) su subordinación "de jure" o "de facto" en calidad de esclavo o de siervo, que la hace parte directa de las condiciones objetivas de producción en tanto trabajador y no en tanto fuerza de trabajo (cfr. Marx, 1968, I, pp. 460-1).

La mayoría de estos vínculos se mantienen en diversa medida hasta ahora en una gran parte del sector rural del continente e impiden la aparición o distorsionan el funcionamiento de un mercado de trabajo en sentido estricto. Precisamente en este punto es necesario dialectizar la noción de límite externo, porque si bien esta mano de obra no participa de las relaciones productivas propias del sector capitalista industrial,¹⁸ esta ya sometida a su hegemonía. Ante todo, debe tenerse en cuenta que tanto el campesino aislado como el productor autosuficiente son hoy "un mito, salvo en una pocas zonas muy limitadas" (Heath, 1965, p. 144), al igual que la presunta falta de integración de las regiones sumergidas a sus respectivas economías nacionales (cfr. Frank, 1966a; Mosk, 1965; Coder, 1968). El nexo viene dado por la persistencia de distintas expresiones del "capital comercial", anteriores al régimen capitalistas de producción. Se trata, en efecto, de capital que se constituye como tal en la esfera de la circulación y cuyo desarrollo resulta, por eso, independiente de las formas productivas con las que se relaciona.¹⁹ De ahí la gran variedad de sus modalidades, que comprenden desde el saqueo directo del minifundista o de la comunidad indígena hasta la compra de la producción de los latifundios tradicionales de explotación indirecta, basados en el trabajo *cuasi-servil* (cfr. Whyte y Williams, 1968, pp. 7-50; Dumont, 1961, pp. 1-84). Cambian también, según las áreas, el grado de complejidad de sus articulaciones, su potencial de acumulación y los puntos estratégicos del sistema en que esta se vuelve posible (cfr. Mintz, 1965). Por otra parte, en muchos lugares el capital comercial acaba por penetrar el proceso de producción, redefiniendo el régimen preexistente y originando formas híbridas de relación salarial. Lo que aquí interesa es que éste es el reverse genérico de la "expropiación parcial o fallida", que perpetua mecanismos precapitalistas de explotación de la mano de obra con los cuales se conecta

¹⁸ Conviene advertir que el capital industrial no designa aquí una rama sino una forma de producción, basada en la explotación del trabajo asalariado. En este sentido, puede operar tanto en la industria como en la agricultura.

¹⁹ *Esto ha originado frecuentes problemas de interpretación y la poco afortunada polémica sobre feudalismo o capitalismo en América Latina, que examina en este mismo número Ernesto Laclau (h.), a cuyo artículo me remito. La mejor fuente teórica general sobre el punto sigue siendo Marx (1956, IU, pp. 296-307; y 1968, II, pp. 406-414).*

provechosamente —de manera directa o indirecta— el sector hegemónico de la economía. Es así que "exporta" a estas colonias interiores artículos manufacturados (cfr. Mosk, 1965, pp. 166-7, pp. 34-6) e "importa" de ella tanto brazos, materias primas y alimentos baratos como dinero mediante mecanismos fiscales y bancarios (ver, ej. Franco, 1966, pp. 184-6; González Casanova, 1965 a). Indudablemente, su concentración en el caso nacional inglés y un tratamiento insuficiente de la interacción dialéctica que se establece entre áreas desarrolladas y subdesarrolladas —tema que, no obstante, alude en diversos pasajes (cfr. por ej., s/f., p. 215, y 1956, I, p. 360)— llevaron a Marx a suponer que la generalización del trabajo "libre" era el correlato inevitable de la hegemonía del capital industrial y a subestimar, en consecuencia, la posibilidad de que éste hallase ventajoso subordinarse otras formas productivas. Sin embargo, como señala Barrington Moore Jr. (1966) refiriéndose al crecimiento de Inglaterra y de Estados Unidos en el siglo XIX, "los capitalistas no tienen ningún inconveniente en obtener mercancías producidas por esclavos en tanto puedan lograr utilidades de su elaboración y de su reventa" (p. 114). Y añade: "resulta claro que la plantación operada en base a mano de obra esclava no fue una excrecencia anacronística del capitalismo industrial [sino] una parte integral de este sistema y uno de sus principales motores en todo el mundo" (p. 116). Es lo que confirma la experiencia latinoamericana.

2

La segunda cuestión a mencionar concierne a la industria y pone de manifiesto la limitada pertinencia que tiene para América Latina el difundido modelo de W. Arthur Lewis (1960) de "desarrollo económico con oferta limitada de mano de obra".²⁰ En este esquema —cuya deuda con Marx es obvia— la superpoblación relativa actúa como un clásico ejército de reserva porque se dan por supuestos tanto el crecimiento sostenido de la industria como su capacidad para absorber mano de obra, al punto que lo que aparece como problemático es más bien el agotamiento de la población excedente, que impondría como soluciones la apertura de la inmigración o la exportación de capitales (Lewis, 1960, p. 662).

La evidencia disponible para nuestro continente tiende, en general, a disconfirmar estas previsiones (cfr. Slawinski, 1965, pp. 167-171; Dorfman, 1967, pp. 259-269; Furtado, 1966, p. 16-20, Pinto, 1965, pp. 7-16; CEPAL 1964, pp. 24-33; Prebisch, 1963, pp. 27-36; Dillon Soares, 1967, pp. 318-323; Quintana, 1968, p. 478): en los principales países del área la producción del sector secundario se mantiene o aumenta a la vez que disminuye su importancia como fuente de empleo. Es así que, mientras en el período 1925-1950 las ocupaciones industriales absorbieron un 26% del incremento de la fuerza de trabajo no agraria, entre 1950 y 1960 esa proporción se redujo al 19%. La tendencia se acentúa si de la ocupación industrial se excluyen las actividades artesanales: en este caso, los índices

²⁰ En su versión más simple, se trata de un modelo desagregado en dos sectores: el capital industrial y el agrario de subsistencia. Cada uno emplea dos (actores: capital y mano de obra, el primero; tierra y mano de obra, el segundo). Puesto por cualquier causa en movimiento el sector capitalista industrial, su demanda de fuerza de trabajo se encuentra con una oferta infinitamente elástica a un precio algo superior al ingreso de subsistencia, lo que redundará en mayores ganancias con salarios constantes. De esta manera, se desencadena un proceso de desarrollo cuyas únicas trabas eventuales serían un aumento relativo en los precios de los artículos de subsistencia o un ascenso en los niveles de consumo de los obreros del sector capitalista: "Cualquiera de estas causas puede elevar los precios relativamente a la plusvalía. Si ninguno de estos procesos es suficiente para frenar la acumulación de capital, el sector capitalista continuará expandiéndose hasta que no quede ya ningún excedente de mano de obra. Esto puede ocurrir inclusive aunque la población continúe creciendo" (Lewis, 1960, p. 661).

correspondientes a esos períodos bajan al 20.5 % y al 13 %, respectivamente (cfr. Slawinski, 1965 p. 168).

Diversos autores (Lenin, 1957, p. 494; Knowles, 1960, p. 297 y esp. Myrdal 1968, II, pp. 1173-1205) han referido este tipo de fenómenos a los primeros estadios de la industrialización, durante los cuales la demanda de trabajo de las nuevas fábricas no logra compensar las oportunidades de empleo que desaparecen con la ruina de las artesanías y de las manufacturas tradicionales. Sin embargo, aunque también en América Latina revistieron gran intensidad estos desplazamientos, su importancia ya había declinado en casi todos los países del área al comenzar la década de 1950 (cfr. Slawinski, 1965, p. 168). Las principales causas de la no absorción de mano de obra son otras y tienen que ver con las distorsiones de un desarrollo capitalista condicionado —en medida variable según las regiones— por el mantenimiento de formas productivas tradicionales y por la dependencia neocolonial.

En primer término, al venir a satisfacer la demanda que dejaban disponible las restricciones en el sector externo, el proceso de sustitución de importaciones no exigió una "revolución agraria" previa (cfr. Furtado, 1961, p. 192). Este acomodamiento inicial a las condiciones vigentes ha tenido importantes consecuencias directas e indirectas para el crecimiento de la industria. Como ya vimos, el curso discontinuo de la acumulación primitiva ha provocado una insuficiencia endémica de recursos para financiar el desarrollo —sobre todo, en lo que hace a inversiones de infraestructura—, repercutiendo seriamente sobre los costos. A la vez, ha actuado en el mismo sentido la baja productividad agraria, generando presiones inflacionarias permanentes (cfr. Seers, 1962). Por otra parte, la persistencia del atraso rural ha frenado la expansión del mercado interno (ver, por ej., Rangel, 1963, pp. 25-49; y cfr. esp. Gilboy, 1967) en circunstancias en que la política comercial de los países centrales impide que este déficit en la demanda doméstica sea compensado mediante la exportación de manufacturas, aún cuando sus precios fuesen competitivos (cfr. Prebisch, 1963, pp. 85-94; Kaldor, 1967, pp. 64-72). Es claro que, en general, no lo son, debido a la incidencia negativa de los factores aludidos, a los que se añade una falta de planificación que ha agravado los desequilibrios. En este contexto, el Estado ha intervenido de manera "defensista", consolidando la dirección del proceso: por una parte, las políticas proteccionistas "asimétricas" (Prebisch, 1963, p. 34) han subsidiado las industrias sustitutivas de importaciones mientras preservaban las causas estructurales de su ineficiencia; por la otra, los permisos para traer equipos desde el exterior, al implicar una rebaja considerable de las tasas de interés —y, frecuentemente, liberaciones impositivas—, estimularon la introducción de maquinarias incluso con fines especulativos. Es decir que, por el lado de los costos, han venido operando fuerzas no previstas en el modelo de Lewis que debían romper tempranamente la congruencia entre la oferta y la demanda de mano de obra.²¹ Además, tanto la alta concentración del ingreso como un desarrollo fabril que partió de los bienes finales y está ahora obligado a avanzar "hacia atrás", han influido sobre la composición, de la demanda de mercancías, aumentando el peso relativo de los productos con una elevada densidad de capital (cfr. Furtado, 1966, p. 94; Seers, 1967, pp. 220-4;

²¹ Conviene advertir que, en muchos casos, la tecnología que ahorra mano (le obra simplifica, al mismo tiempo, los procesos de trabajo y economiza materias primas (cfr. Furtado, 1966, p. 18). El atraso y la dependencia encarecen en América Latina el costo de estas últimas al punto que, en una comparación realizada con Estados Unidos, este rubro era en promedio 142% más elevado para la mitad de los productos industriales analizados (CEPAL, 1964, p. 48). Como se ve, más que un círculo, es una verdadera espiral viciosa la que va profundizando la distorsión.

Rangel, 1963, p. 35; Tavares et. al., 1964, pp. 58-60. Las distorsiones alcanzan igualmente a los salarios: no sólo el reclamo de los sindicatos y los esfuerzos oficiales por preservar la "paz social", sino también la propia necesidad del sistema de expandir los consumos del sector "moderno" de la economía (ver, por ej., Eshag y Thorp, 1965, p. 296; Rangel, 1963, pp. 44-5 y 102-3; Rodrigues, 1966, pp. 184-5) han inducido en muchos casos aumentos directos e indirectos en el precio de la mano de obra que, aún siendo bajo, resulta así superior al que hubiese derivado del libre juego de la oferta y de la demanda, provocando la resistencia de los empresarios y su actitud a menudo cautelosa en el mercado de trabajo.²²

En el marco de una economía regida por criterios privados de rentabilidad, todos estos elementos debían actuar como estímulos autónomos para el reemplazo del obrero por la máquina. A la vez, al no generarse tecnologías propias e importarse equipos concebidos para situaciones de escasez de mano de obra, es lógico pensar que se hubiera configurado un mercado de factores particularmente imperfecto aún en el supuesto de que hubiese dominado un capitalismo competitivo. Por cierto, la dependencia económica y la temprana concentración de la industria han tendido a sobredeterminar el proceso pues la hegemonía del capital monopolista, además de reforzar aquellos estímulos, les sumó presiones heterónomas concurrentes.

En este sentido, son necesarias algunas breves observaciones sobre la estrategia económica del imperialismo norteamericano en América Latina. Inicialmente, sus bases de sustentación fueron similares a las que caracterizaron la hegemonía inglesa: compañías mineras y de plantaciones; intereses financieros; firmas comercializadoras y grandes trusts integrados verticalmente para el procesamiento de materias primas en la metrópolis (cfr. Barratt Brown, 1963, pp. 117-186; Julien, 1968, pp. 91-212). Sin embargo, ya desde el primer cuarto de este siglo se insinuaban dos tendencias distintivas que, en la segunda postguerra, definirían la especificidad de esa estrategia: el predominio de las inversiones directas y la orientación hacia la incipiente industria nativa (cfr. Naciones Unidas, 1955, pp. 6-9). Es así que, lejos de verse antagonizado por el impulso que cobra el proceso de sustitución de importaciones en la década de 1940, el capital norteamericano se dirigió a controlar los más importantes mercados interiores del área y buscó sacar partido de las barreras proteccionistas que se iban erigiendo (cfr. Villanueva, 1968, pp. 30-2). Entre 1943 y 1950, las inversiones directas de Estados Unidos en el sector manufacturero aumentaron en más del 100%, expandiéndose a igual ritmo que sus lucrativas inversiones petroleras; en el período 1950-1963, aquéllas crecieron 2.6 veces, mientras éstas lo hacían 2.2 veces (cfr. Naciones Unidas, 1955, p. 14; Dorfman, 1967, p. 211 n.). Hacia 1964, en los tres países con mayor potencial de consumo doméstico, más del 50% del total de las inversiones directas de ese origen estaba localizado en la industria: Brasil, 67.7 %; México, 58.7 %, y Argentina, 56.3 % (Unión Panamericana, 1965, pp. 196-7). En cuanto al destino de la producción, en 1957 las ventas brutas de las subsidiarias industriales de Estados Unidos alcanzaron a 2.425 millones de dólares, de los cuales sólo se exportaron 102 millones de dólares: 41 a la metrópolis y 61 a otras repúblicas latinoamericanas (Villanueva, 1968, p.

²² Un ejemplo particularmente notable del efecto contradictorio de la legislación social sobre el mercado de trabajo lo proporciona la industria textil peruana: los beneficios legales acordados en la postguerra han encarecido de tal manera la mano de obra femenina que ésta ha sido casi totalmente desplazada de una rama en que antes hallaba abundante empleo. "Las mujeres de clase baja son así rechazadas hacia ocupaciones marginales como el servicio doméstico, la venta callejera, la prostitución y el trabajo en tienduchas que no respetan esas leyes" (Chaplin, 1966, p. 28). Sobre el mismo punto, ver, entre otros, Simao (1961). Para un planteo general, ver Dasgupta (1964, pp. 174-185).

25); en 1965, el 90% de las ventas de esas firmas se llevó a cabo en el país de radicación y menos de un 3% —en especial, alimentos— se envió a Estados Unidos (Dorfman, 1967,-p. 213).

Los efectos deformantes de esta penetración son numerosos y van desde el debilitamiento del proceso de acumulación que resulta de las cuantiosas remesas al extranjero (cfr. Frank, 1966 b, pp. 105-7; Julien, 1968, pp. 224-8; Simonnot, 1969, p. 11) hasta la "internalización" de las trabas al comercio exterior emergente de las prohibiciones de exportar que imponen las casas matrices a sus filiales y subsidiarias (cfr. Villanueva, 1968, pp. 25-6). Empero, lo que aquí más interesa es la medida en que se alteran las pautas "clásicas" del desarrollo industrial. Una difundida imagen de Marshall (1966, p. 263) compara el crecimiento en el tamaño de las empresas a la evolución gradual de los árboles de un bosque. En el marco de la dependencia, la acción del capital monopolista invalida la metáfora: el gran establecimiento se implanta directamente y sus economías de escala y sus adelantos tecnológicos tienen una reducida congruencia con el costo relativo de los factores locales. Como observa Halavi (1964, p. 116) en su análisis del "nuevo" imperialismo: "la fuente de las mayores tasas de ganancia y el incentivo para la exportación del capital residen en las condiciones mismas de la explotación monopolista; no siempre pueden ser hallados simplemente en la diferencia de salarios entre los países capitalistas avanzados y las naciones atrasadas: producir con bajos salarios no equivale todas las veces a producir a bajos costos" (cfr., por ej., Chaplin, 1967, pp. 92-4). En rigor, la actual hegemonía norteamericana se va apoyando cada vez menos en las formas tradicionales de dominación —que, desde luego, subsisten— y cada vez más en las notables ventajas que le concede a sus representantes una brecha científica y tecnológica en constante incremento (cfr. Vigier y Waysand, 1968). En menos de diez años (1955-1962), los pagos de América Latina a Estados Unidos en concepto de patentes y otras licencias crecieron casi 2.5 veces y cerca del 40 % de ese total correspondió a la industria. Según datos del Comité de Comercio para la Alianza para el Progreso, en 1959-60 la productividad del conjunto de las inversiones manufactureras del área habría sido del 25 %, mientras se elevaba al 40 % la de las subsidiarias norteamericanas. Esto ayuda a entender por qué, por ejemplo, en tanto el volumen total de la producción industrial de Argentina, Brasil, México y Venezuela creció entre 1955 y 1960 a tasas que variaron del 0 al 14 %, según el caso, el de las empresas allí instaladas con capitales de Estados Unidos se expandió a un ritmo que osciló entre el 10 y el 31 % (cfr. Dorfman, 1967, pp. 206-9).²³

Lo expuesto alcanza para intentar una síntesis de las principales razones que reducen la importancia de la industria latinoamericana como fuente de empleo, a diferencia de lo ocurrido en estadios similares de desarrollo de los países centrales y de lo que sostiene el

²³ A esto se suma un hecho importante. Más del 50% de las inversiones directas norteamericanas en el sector manufacturero de América Latina tienen como fuente la reinversión de utilidades obtenidas en el país de radicación (cfr. Dorfman 1967, p. 205). a lo que se agregan las franquicias aduaneras, las desgravaciones impositivas y los mecanismos financieros públicos y privados que operan igualmente transfiriéndole al capital extranjero ahorros nacionales. En consecuencia, no sólo estas subsidiarias se apropian considerables recursos domésticos sino que los mismos se canalizan hacia un sector que genera reducidas oportunidades ocupacionales. El problema se agrava en situaciones de demanda relativamente estancada pues, si bien disminuyen las inversiones totales, las innovaciones secundarias que introducen las grandes empresas mediante las inversiones de sustitución, aumentan a la vez la productividad y el desempleo (cfr. Sylos Labini, 1964, p. 174).

modelo de Lewis.²⁴ Para apreciar plenamente su significado, esta síntesis debe ser leída en el contexto de la tendencia al estancamiento que exhibe la economía de la región en las dos últimas décadas (cfr. Furtado, 1966; Quintana, 1968).

1. El atraso agrario constituye un primer límite "externo" al desarrollo capitalista equilibrado del sector manufacturero e integra una estructura causal compleja de la que derivan imperfecciones en los mercados de factores y de productos que se combinan de manera de crear una propensión al ahorro dé fuerza de trabajo.

2. Dadas las dificultades de estos países para generar tecnologías propias, esa propensión se intensifica a medida que avanza el proceso de sustitución de importaciones y se abren ramas con alta intensidad de capital y con coeficientes de producción fijos. En este caso, la demanda de mano de obra resulta fuertemente condicionada por las disponibilidades de capital y este factor escasea debido a los motivos mencionados. (Como se advierte, en situaciones de este tipo las políticas fiscales keynesianas tienden a producir presiones inflacionarias sin resolver el problema del empleo, que depende menos del nivel de la demanda efectiva que de la existencia de capital).

3. Estas circunstancias bastarían ya para debilitar la significación ocupacional del sector manufacturero, aunque operase libremente el capitalismo competitivo. Así lo demuestra el modelo de Eckaus (1955) que, al introducir restricciones tecnológicas, distingue dos grandes ramas: una, con coeficientes de producción fijos y otra, con coeficientes variables y amplias alternativas en cuanto a las proporciones de utilización de factores. Incluso entonces, en una economía subdesarrollada, la estructura de la demanda, la tecnología y la dotación de factores pueden hacer muy difícil la absorción del desempleo y del subempleo (Eckaus, 1955, p. 560).

4. El problema se torna particularmente grave cuando interviene nuestro segundo límite "externo": la dependencia neocolonial. Dejando a un lado la forma negativa en que incide sobre el proceso de acumulación y las trabas que impone a la exportación de manufacturas, en la práctica "ensancha" artificialmente la esfera del sector con coeficientes de producción fijos. Las razones son dos: por una parte, atraído por la reserva del mercado, el capital monopolista avanza sobre el sector de coeficientes variables y reestructura así una porción del mismo; por la otra, la propia variabilidad teórica de tales coeficientes se ve restringida de hecho como consecuencia general de la situación dependiente (por ejemplo, en lo que hace al uso de fuentes energéticas o a la provisión de materias primas) y particular del colonialismo tecnológico (ejercido, vgr., a través de los "programas de ayuda" y de los créditos condicionados). Creo por eso más útil para una primera aproximación al contexto industrial latinoamericano un modelo tricotómico que —como el elaborado por Vera Lutz (1962) para el caso de Italia— comprenda: a) un conjunto de ramas altamente monopolizadas que, por exigencias técnicas, sólo pueden operar en gran escala; b) otro, de actividades flexibles respecto a escala, en el que también penetra el capital monopolista y

²⁴ Paradójicamente, la mejor crítica a la relevancia del modelo de Lewis para las situaciones de subdesarrollo que intenta explicar se desprende del elogio que le dirige Kindleberger (1967, p. 1): "Ayuda a comprender tanto el crecimiento de Gran Bretaña durante la Revolución Industrial como el ascenso en el ingreso real de los trabajadores cuando ese crecimiento disminuye en la segunda mitad del siglo XIX; es pertinente para el desarrollo de los Estados Unidos desde 1880 a 1913; y en particular (...) es útil para explicar las tasas muy altas de crecimiento de algunos países de Europa en el período que se extiende desde la Segunda Guerra Mundial". Como se advertirá, es precisamente por eso que cuestiono su aplicabilidad al caso de América Latina.

donde coexisten unidades grandes, medianas y pequeñas, y c) un sector muy fragmentado y de baja productividad, donde las economías de escala no son importantes, y que resulta la provincia por excelencia del capital competitivo. Se vuelve evidente, de esta manera, que, en países de crecimiento industrial lento y, además, privados del efecto compensador de la exportación de manufacturas,²⁵ no únicamente el pasaje del proceso sustitutivo al grupo a) sino también la subordinación del sector b) al capital monopolista²⁶ tornan cada vez más agudo el problema de la absorción de mano de obra que ya parecía serio en un esquema como el de Eckaus.

3

En las dos secciones precedentes he procurado resumir algunos aspectos del desarrollo capitalista desigual de América Latina especialmente relevantes para nuestro asunto. Simplificando al extremo, es posible sostener que coexisten tres procesos distintos de acumulación: a) el del capital comercial; b) el del capital industrial competitivo, y c) el del capital industrial monopolístico.²⁷ Hay por lo menos dos diferencias fundamentales entre ellos respecto a la forma en que afectan a la fuerza de trabajo.

Una, distingue claramente el primer proceso de los otros dos: como ya vimos, es sólo con el capitalismo industrial que aparece el trabajador "libre" y que puede hablarse, por lo tanto, de un mercado de trabajo propiamente dicho; en contraste, la parte de la población activa directa o indirectamente sometida a la égida del capital comercial presenta todavía modos diversos de fijación: a la tierra, al instrumento de trabajo, al fondo de consumo, a la explotación misma. La segunda diferencia permite discriminar entre las dos manifestaciones aludidas del capital industrial. Conforme a lo expuesto en páginas anteriores, su alta tasa de utilidades, la necesidad de predeterminar a mediano plazo sus costos y la menor incidencia relativa que tiene sobre éstos la mano de obra, son algunos de los factores que llevan a la gran empresa monopolista a buscar la integración estable del trabajador a la firma, pagando mayores salarios, cumpliendo en general las leyes sociales y negociando acuerdos con las organizaciones obreras que le aseguren el logro de esos objetivos. Satelizado, en unos casos, por este sector o reducido, en otros, a operar en actividades de fácil acceso, con demanda inestable, márgenes de ganancia estrechos o fluctuantes, créditos restringidos y una baja productividad que le obliga a ocupar una proporción elevada de mano de obra, el capital industrial competitivo tiende a deprimir los salarios, a esquivar el cumplimiento de las leyes sociales y a volver poco efectiva la acción

²⁵ Este es un punto particularmente importante, pues "[1] la flexibilidad de la 'mezcla industrial' que se logra especialmente a través del comercio internacional, sirve como un buen sustituto a la variabilidad de los coeficientes técnicos y priva a esta última del carácter indispensable que si no tendría" (Lutz, 1962, p. 16). Por 'mezcla industrial' ("industrial mix") la autora entiende la combinación de la producción de diferentes industrias que utilizan los factores en proporciones distintas. Por lo tanto, aunque los coeficientes técnicos de una industria sean fijos, los cambios de su peso relativo en el conjunto produce, de hecho, resultados que equivalen a la variabilidad de sus coeficientes. En esto juega un papel clave la exportación de manufacturas, inaccesible hasta ahora para América Latina. Nótese, por ejemplo, que una de las bases del "milagro italiano" de la postguerra ha sido un aumento de casi cuatro veces en las exportaciones, entre 1950 y 1961, y en ellas se ha reducido "al mínimo la parte de las industrias extractivas y de la agricultura" (Longo y Longo, 1962, p. 54).

²⁶ Que el capital imperialista sea monopolista no excluye, desde luego, la existencia del capital monopolista local. Pero es relativamente débil o está ligado a aquél. Esta circunstancia y la necesidad de simplificar la exposición, me llevan a no distinguirlos pues ello no altera el argumento.

²⁷ Como ya indiqué en la anterior nota 32 (18 de la presente ed), me estoy refiriendo aquí al capital industrial en sentido amplio, como régimen específico de producción.

de los sindicatos, que retroceden ante el riesgo de poner en peligro estas fuentes de empleo. Se da, pues, una paradoja que hubiera sorprendido a los economistas clásicos: cuanto más lejos del monopolio y más cerca del *laissez faire* se encuentra la empresa, menos perspectivas suele tener de brindar trabajo a niveles satisfactorios de remuneración (cfr. Bluestone, 1968, p. 418; Lutz, 1962, p. 18; Myers y Shultz, 1951, p. 152). Es posible, entonces, individualizar gruesamente dos mercados de trabajo distintos: el del capital industrial competitivo y el del capital industrial monopolístico,²⁸ cuya coexistencia provoca una dispersión excepcionalmente alta de los salarios.²⁹

Los tres procesos de acumulación mencionados revisten grados variables de extensión y de intensidad en los diversos países del área y se combinan de manera específica en cada uno de ellos. Pero en todos ejerce actualmente su hegemonía el capital industrial monopolístico.³⁰

Dando testimonio de ese "privilegio del atraso" a que alude Trotsky (1962, I, p. 23), el desarrollo desigual y dependiente de América Latina aparece así confundiendo e integrando "tiempos históricos" distintos. Por eso es válido retomar en este punto las consideraciones previas acerca de la funcionalidad de la superpoblación relativa en la fase monopolística del modo de producción capitalista: es que aquí una parte aún mucho más considerable de ella resulta superflua y constituye una masa marginal respecto al proceso de acumulación hegemónico. En este sentido, si es cierto que la industria latinoamericana está todavía muy lejos del nivel de automatización alcanzado por los países centrales, la diferencia es compensada con creces por su propensión ya examinada al ahorro de mano de obra y por la comparativa lentitud con que se expande su producción en un contexto general de estancamiento, a lo cual se agregan tasas notoriamente superiores de incremento demográfico.

Estimaciones del C.E.L. A.D.E. y de la O.I.T. muestran que los índices de desempleo de la fuerza de trabajo de la región pasaron de 5.6 % en 1950 a 9.1% en 1960 y a 11.1% en 1965, mientras que, para esta época, el subempleo se calculaba entre un 20 y un 30 %, según las zonas (O.I.T., 1968, pp. 14-16). A su vez, los últimos informes de la C.E.P.A.L. indican que, sobre una población activa de 153 millones de personas, 18 millones están sin trabajo

²⁸ Es casi innecesario advertir que esta diferenciación es demasiado esquemática. Por una parte, estoy considerando casos polares de funcionamiento del capital industrial monopolístico y del capital industrial competitivo, dejando a un lado formas intermedias que alcanzan importancia en ciertas situaciones. Por la otra, es sabido que no hay mercado más imperfecto que el de trabajo (cfr. Betelheim, 1952, p. 58; Reynolds, 1964, p. 28; Phelps Brown, 1962, p. 93), por lo cual una caracterización adecuada debe tomar en cuenta una variedad de tipos y de subtipos (cfr. Kerr, 1954; Nosow, 1955). Sin embargo, no siendo éste el propósito del presente artículo, es útil a sus fines una categorización simple como la que propongo, válida a un alto nivel de generalidad.

²⁹ Las diferencias ocupacionales o de calificación; el distinto ritmo de crecimiento de las empresas; las variaciones regionales en el costo de vida; las trabas o las resistencias a la movilidad, y las imperfecciones en el mercado de trabajo, hacen que siempre exista una determinada dispersión en los salarios (cfr. Lutz, 1962, p. 18). Aquí me refiero, sin embargo, a una dispersión anormalmente alta, derivada de la superposición de dos procesos de acumulación cualitativamente distintos.

³⁰ Atendiendo, en cada caso, a los procesos de mayor importancia relativa, podrían distinguirse tres combinaciones típicas (abrevio: capital comercial = CC; capital industrial competitivo = CIC, y capital industrial monopolístico = CIM): 1) CIM/CC, propia de las regiones más atrasadas, como algunas repúblicas del Caribe; 2) CIM/CIC/CC, característica de situaciones intermedias, como la de Brasil, y 3) CIM/CIC, correspondiente a países como Argentina o Uruguay, que absorbieron tempranamente la mayor parte del sector "precapitalista" (CC).

y otros 75 millones en condiciones de subempleo ("Primera Plana", 29/4/1969, p. 94) lo que llevaría a aquellas tasas al 11.7 % y al 49 %, respectivamente.

Son conocidas las limitaciones de este tipo de datos que, a pesar de su magnitud apabullante, tienden, por un lado, a subestimar el desempleo aplicando criterios de medición válidos para países industriales desarrollados³¹ y enfrentan, por el otro, serias dificultades técnicas en la evaluación del subempleo (cfr. Keo, *et. al.*, 1964). A esto se añade el problema de la dualización del mercado de trabajo industrial a que me vengo refiriendo, inabordable por medio de estadísticas agregadas de ocupación y de ingreso. Como observa Lutz (1962, p. 45), "lo que necesitamos saber no es simplemente cuánta gente encontró empleo de algún tipo, sino a qué nivel de remuneración lo consiguió —si es en el sector de altos o en el de bajos salarios".

De todas maneras, la importancia de las cifras transcritas es ya suficiente para advertir que una parte considerable de la superpoblación generada por el proceso de acumulación hegemónico no establece relaciones funcionales con el sistema integrado de las grandes empresas monopolísticas, dado el volumen de esa superpoblación, las condiciones generales de la economía y la forma en que esas firmas tienden a combinar los factores productivos.³²

Ese contingente constituye, entonces, una masa marginal respecto al mercado de trabajo del capital industrial monopolístico.³³ Lo componen, en principio: a) una parte de la mano de

³¹ Así, la inexistencia de seguros de desempleo en la mayoría de los países del área disminuye necesariamente las tasas de desocupación abierta. No obstante, en Argentina, por ejemplo, las estadísticas oficiales consideran "ocupado" a quien haya trabajado por lo menos "una hora" durante la semana anterior a la encuesta, criterio que sólo tiene sentido en casos como el de Estados Unidos, donde hacerlo priva precisamente de los beneficios del seguro de desempleo. Para observaciones similares sobre Colombia, ver Urrutia (1968, p. 32). Dice Jaffe (1965, p. 116) refiriéndose a Puerto Rico: "la desocupación crónica es relativamente rara y, a la inversa, también lo es la ocupación estable"; se siguen de ello, como es obvio, problemas serios de medición. Para una crítica general a las estadísticas de empleo y de subempleo en áreas subdesarrolladas, ver Myrdal (1968, III).

³² En los últimos años, importantes corporaciones norteamericanas han comenzado a establecer fábricas en el norte de México, cerca de la frontera, para armar productos que son luego vendidos en los Estados Unidos, aprovechando así el bajo costo de la mano de obra local, "la compañías dicen que las altas tasas de desocupación hacen fácil el reclutamiento en las ciudades fronterizas. Transaron empezó a construir su planta en mayo del año último; a los cuatro meses, sin ninguna publicidad tema 1 500 solicitudes de empleo, y ese número ya llega a 2 500. Hasta ahora sólo contrató a 34 muchachas (a US \$ 2.08 diarios) para entrenarlas como supervisoras de línea de montaje" ("The Wall Street Journal", 25/V/1967). El ejemplo resulta ilustrativo. Según la misma fuente, esa firma esperaba llegar a ocupar alrededor de 1 500 obreros un año después. Es de suponer que, para entonces, las 2 500 solicitudes hayan aumentado considerablemente. Como puede advertirse, esa mano de obra sobrante excede con creces los límites "funcionales" de un ejército industrial de reserva. En primer lugar, la empresa no "necesita" tantos trabajadores disponibles: requiere una cantidad máxima determinada de obreros, a los que debe entrenar previamente y cuyas tasas de "turn-over" —como en cualquier contexto de desempleo (Phelps Brown, 1962, p. 101)— deben presumirse bajas. En segundo término, los salarios que paga representan, en el mejor de los casos, de una tercera a una cuarta parte del nivel norteamericano a igual productividad, por lo que puede inferirse que tendrá menos interés en deprimirlos aún más que en asegurarse la "lealtad" y la "integración" de sus operarios. Es decir, que una parte importante del excedente de mano de obra —que incluye, obviamente, no sólo a los que presentaron solicitudes— debe reputarse no funcional para la compañía. Con todas las limitaciones del "caso particular" —acerca del cual carezco, además, de otros datos—, confío que éste sirva para apreciar el problema a que me refiero.

³³ El punto evoca de inmediato el tema clásico de la "aristocracia del trabajo", que en este caso se reclutaria entre la mano de obra ocupada por el capital industrial monopolístico. La asimilación me parece, en principio, posible, a condición de tener en cuenta que aquí la integrarían —desde luego que en sus escalones más bajos— incluso los trabajadores no calificados de este sector. Datos disponibles para Argentina —que serán objeto de un próximo artículo— indican, por ejemplo, que un obrero sin calificación de ramas con coeficientes fijos y altas densidad y concentración de capital (vgr. petroquímica) percibe un salario igual o superior al del obrero calificado de ramas con coeficientes variables y menores densidad y concentración de capital (vgr. alimentación o textiles). Para una excelente revisión del concepto de

obra ocupada por el capital industrial competitivo; b) la mayoría de los trabajadores que se "refugian" en actividades terciarias de bajos ingresos; c) la mayoría de los desocupados, y d) la totalidad de la fuerza de trabajo mediata o inmediatamente "fijada" por el capital comercial.³⁴ Desde luego, el "resto" de los grupos a), b) y c) sigue produciendo los efectos directos e indirectos propios de un ejército industrial de reserva: como dije antes, aquí me limito a señalar el corte desde el punto de vista meramente analítico sin perjuicio de que estudios concretos puedan discernir probabilísticamente la ubicación de la mano de obra en una u otra categoría.

Si éste es el meollo de nuestro asunto en el contexto latinoamericano no cabe duda que una promoción de esa masa marginal —correspondiente a los grupos b), c) y d)— es, a la vez, conceptualizable como un ejército de reserva respecto al mercado de trabajo del capital industrial competitivo. Aún en este caso, sin embargo, la baja capacidad de absorción del sector obliga a plantear nuevamente, según el país, el problema de la funcionalidad de esa población sobrante, reintroduciendo la categoría de masa marginal a un nivel más bajo.

En otras palabras, este concepto puede usarse en un sentido amplio o restringido. En el primer supuesto constituye su criterio de referencia el mercado de trabajo del capital industrial monopolístico. En el segundo, en cambio, el eje del análisis será el mercado de trabajo del capital industrial *tout court*.

La opción depende tanto de las características del contexto como de los intereses del observador. Así, sea que se estudien situaciones de muy bajo desarrollo, sea que se quiera poner el énfasis en los grupos más desposeídos, o sea que se desee contrastar específicamente el trabajo asalariado con otras formas de explotación de la mano de obra, convendrá el uso restringido del concepto.

Para un encuadre global del tema y, sobretodo, para investigar la estratificación interna de la fuerza de trabajo en su conjunto, resulta obviamente más útil el empleo de la noción en sentido amplio.

En cualquiera de las dos alternativas, se hace desde ya evidente que, así como "nunca hubo de hecho una 'clase obrera global' ni una comunidad sociológica o una homogeneidad cultural 'proletaria'" (Mallet, 1963, p. 27), tampoco hay una marginalidad "en general". El desarrollo desigual, combinado y dependiente genera tipos diversos de marginales, sin perjuicio de que uno pueda resultar dominante en un contexto determinado y de que todos sean teóricamente subsumibles en el concepto de masa marginal, por las razones examinadas.

(...)

Referencias Bibliográficas

Adler, Franklin Hugh, 1969. "Les rapports entre le travailleur noir et le capitalisme américain". *Les Temps Modernes*, XXIV, 271, pp. 1213-1270.

Althusser, Louis, *et al*, 1966. *Lire le Capital*, 21., París.

"aristocracia del trabajo", ver Hobsbawm (1964, pp. 272-315).

³⁴ Para un análisis más detallado, ver en este mismo número la nota de Miguel Murmis sobre los tipos de marginalidad.

- Anderson, Perry, 1966. "Origins of the Present Crisis", en Anderson y Blackburn, eds., pp. 11-52.
- Bairoch Paul, 1967. *Revolución industrial y subdesarrollo* (trad. Florentino M. Torner), México.
- Baldwin, Robert E., 1964. "Patlems of Development in Newly Settled Regiões", en Eicher y Wilt, eds., pp. 238-250.
- Balibar. Etienne, 1966. "Sur les concepts fondamentaux du matérialisme historique", en Althusser *et al* (1966), n, pp. 187-324.
- Banfi, Rodolfo, 1968. "Significati del valore d'uso nel Capitale: Effeti del progresso-tecnologico sull'uso della forza lavoro", *Critica marx'ista*, VI, 1, pp. 37-61.
- Baran, Paul A., 1964. *La economía política del crecimiento* (trad. Nathan Wartan), México.
- Baran, Paul A. y Sweezy, Paul M., 1966. *Monopoly Capital*, New York.
- Barratt Brown, Michael, 1963. *After Imperialism*, London.
- Bettelheim, Charles, 1952. *Le probleme de l'emploi et du chômage dans les théories économiques*, Paris.
- Boudon, Raymond, 1967. *L'anafyse mathématique desfaits sociaux*, Paris. C.E.P.A.L., 1964. *Problemas y perspectivas del desarrollo industrial latinoamericano*, Buenos Aires.
- Cole, W. A. y Deane, Phyllis, 1966. "The Growth of National Incomes", en Habakkuk y Postan, eds. (1966), 1, pp. 155.
- Chaplin, David, 1967. *The Peruvian Industrial Labor Force*, Princeton, N. J.
- Dasgupta, Samir, 1964. "Underemployment and Dualism A Note", *Economic Development and Cultural Change*, xn, 2. De Castro, Josué, 1952. *The Geography Hunger*, Boston.
- Delgado, Osear, 1962. "Revolunon, Reform, Conservatism: Three Types of Agradan Structure", *Dissent*, K, 4, pp. 350-363. Dillon Soares, Glaucio Ary, 1967. "La nouvelle industrialisation et le systeme politique brésilien", *Sociologie du Travail*, 3, pp. 314-328.
- Dobb, Maurice, 1947. *Studies in the Development of Capitalism*, New York.
- Dorfman, Adolfo, 1967. *La industrialización en América Latina y las políticas de fomento*, México.
- Dumont, Rene, 1961. *Terres Vivantes*, Paris.
- Easterlin, Richard A., 1961. "Influences in European Overseas Emigration before World War I", *Economic Development and Cultural Change*, IX, 3, pp. 331-351.
- Eckaus, R. S., 1955. "The factor proportions probleni in underdeveloped áreas", *American Economic Review*, XLV, 4, pp. 539-565.
- Eshag, Eprime y Thorp, Rosemary, 1965. "Las consecuencias económicas y sociales de las políticas económicas ortodoxas aplicadas en la República Argentina durante los años de postguerra", *Desarrollo Económico*, xrv, 16, pp. 287-344.
- Flores, Edmundo, 1962. *Tratado de Economía Agraria*, México.
- Franco, Franklin J., 1966. *República Dominicana: Clases, Crisis y Comandos*, La Habana. Frank, Andrew Gunder, 1966 a. *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, New York.
- Frank, Andrew Gunder, 1966 b. "¿Servicios extranjeros o desarrollo nacional?", *Comercio Exterior*, México, xvi, 2, pp. 105-107.
- Furtado, Celso, 1961. *Desenvolvimento e suhdesenvolvitmento*. Rio de Janeiro.
- Furtado, Celso, 1966. *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina* (trad. Samira Chuahy), Buenos Aires.

- Galbraith, John K., 1967. *El nuevo estado industrial* (trad. Manuel Sacristán), Barcelona.
- Golboy, Elizabeth Waterman, 1967. "Demand as a Factor in the Industrial Revolution", en Hartwell, ed., pp. 121-138.
- Godelier, Maurice, 1966. *Rationalité et irrationalité en économie*, París.
- González Casanova, Pablo, 1965 a. *Sociedad plural y desarrollo: el caso de México*, en Kahl, ed., pp. 262-273.
- González Casanova, Pablo, 1965 b. *La democracia en México*, México.
- Goetz, André, 1967. "El colonialismo por dentro y por fuera", en Fromm *et al*, pp. 168-188.
- Gramsci, Antonio, 1959. *Oeuvres choisies* (trad. G. Monget y A. Monjo). París.
- Habakkuk, H. J. y Postan, M. (eds.), 1966. *The Cambridge Economic History of Europe*, Vol. VI: "The Industrial Revolution and After", Cambridge.
- Halavi, Hamsa, 1964. "Imperialism Old and New", en Miliband y Saville, eds., pp.104-126.
- Harrington, Michael, 1965. "The Politics of Poverty", *Dissent*, XII, 4, pp. 412-430.
- Heath, Dwight, 1965. "Land, Agriculture and Economics", en Heatly y Adams, eds., pp. 139-153. Hobsbawm, Eric J., 1964. *Labouring Men. Studies in the History of Labour*, London.
- Hobsbawm, Eric J., 1966. "Prólogo", a Marx, pp. 759.
- Hoselitz, Bert F., 1962. "The Development of a Labor Market in the Process of Economic Growth", *Transactions of the Fifth World Congress of Sociology*, Louvain, II, pp. 51-72.
- Jaffe, A. J., 1965. "Puerto Rico. Hombres, empleos y desarrollo económico", en Kahl, ed., pp. 89-134.
- Julien, Claude, 1968. *L'Empire Américain*, París.
- Kaldor, Nicholas, 1967. *Strategic Factors in Economic Development*, Ithaca, New York.
- Kao, Charles H. C; Anshel, Kurt R.; y Eicher, Carl K., 1964. "Disguised Unemployment in Agriculture: A Survey", en Eicher y Witt, eds., pp.129-143.
- Kerr, Clark, 1954. "The Balkanization of Labor Markets", en Bakke *et al*, pp. 92-110.
- Kindleberger, Charles P., 1967. *Europe's Postwar Growth. The Role of Labor supply*, Cambridge, Mass.
- Knowles, William, 1960. "Industrial Conflict and Unions", en Moore y Feldman, eds., pp. 291-312.
- Knowles, Lillian, 1933. *The Industrial and Commercial Revolutions in Great Britain during the XIX Century*, London.
- Kopkind, Andrew *et al*, 1966. "The Poverty of Antipoverty", *Dissent*, xm, 5, pp. 489-509.
- Kuczynski, Jürgen, 1957. *The Rise of the Working Class* (trad. C.T.A. Ray), London.
- Lambert, Jacques, 1965. "La Sociedad del Brasil", en Kahl, ed., pp. 414-435.
- Landos, David S., 1966. "Technological Change and Development in Western Europe, 1750-1914", en Habakkuk-y Postan, eds., I, pp. 274-601.
- Lange, Oskar, 1962. *Economie Politique*, París. Lantz, Pierre, 1964. "Malthus et Marx ou la rareté retrouvée", *Les Temps Modernes*, XX, 219-220, pp. 532-551.
- Lefevre, Henri, 1957. *La Pensée de Lénine*, París. Lenin, V. I., 1957. "El desarrollo del capitalismo en Rusia", en *Obras Completas*, III, Buenos Aires.

- Lenin, V. I., 1960 a. "Acerca del infantilismo 'izquierdista' y del espíritu pequeño-burgués", en *Obras Escogidas*, n, pp. 727-752, Moscú.
- Lenin, V. I., 1960 b. "El imperialismo, fase superior del capitalismo", en *Obras Completas*, xxn, pp. 193-319, Buenos Aires.
- Lewis, Arthur, 1960. "Desarrollo económico con oferta ilimitada de mano de obra", *El Trimestre Económico*, xvii, 108, pp. 629-675.
- Longo, Gino y Longo, Luigi, 1962. *Le miracolo economico e l'analisi marxista*, Roma.
- Lutz, Vera, 1962. *Italy. A Study in Economic Development*, London.
- Mandel, Eraest, 1968. "L'accumulation primitive et l'industrialisation du Tiers Monde", en Víctor Fay, ed., pp. 143-168.
- Mandel, Eraest, 1969. "Where is America going?", *NewLeft Review*, 54, pp. 3-16.
- Marshall, Alfred, 1966. *Principles of Economics*, London.
- Martini, Ferdinando, 1897. *Cose Africane*, Milán.
- Marx, Carlos, s/f. "Discurso sobre el libre cambio", apéndice de *Miseria de la Filosofía*, Moscú, pp. 200-217.
- Marx, Carlos, 1956. *El Capital*, ed. Cartago, 5 t, Buenos Aires.
- Marx, Carlos y Engels, Federico, 1957. *Obras escogidas*, Buenos Aires.
- Marx, Carlos, 1966. *Formaciones económicas precapitalistas*, (trad. Ariel Bignami), Buenos Aires.
- Marx, Carlos, 1968. *Fondements de la Critique de l'Economie Politique* (trad. R. Dangeville), 2 t., París.
- Miliband, Ralph y Saville, John (eos.), 1964. *The Socialist Register*, New York.
- Mingay, G. E., 1963. "The Agriculture Revolution in English History: a Reconsideration", *Agricultural History*, Vol. 37, n. 3.
- Mintz, Sidney, 1965. "The Jamaican Internal Marketing Pattern: Some Notes and Hypotheses", en Heath y Adams, eds., pp. 236-245.
- Moore, Jr., Barrington, 1966. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston.
- Mosk, Stanford, 1965. "Indigenous Economy in Latin America", en Heath y Adams, eds., pp. 154-172.
- Myers, Charles A. y Schultz, George P., 1951. *77*? Dynamics of Labor Market*, New York.
- Myrdal, Gunnar, 1968. *Asian Drama. An Inquiry into the Poverty of Nations*, 3 t., New York. Naciones Unidas, 1955. *Las Inversiones Extranjeras en América Latina*, New York.
- Nosow, Sigmund, 1955. "Toward a Theory of the Labor Market", *Social Forces*, XXXm, 3, pp. 218-224.
- Nun, José; Marín, Juan Carlos; Murmis, Miguel, 1968. *La marginalidad en América Latina: Informe Preliminar* (cis: Documento de trabajo núm. 35), Buenos Aires.
- O.I.T., 1968. *El plan de Ottawa: un programa regional de fomento del empleo y de la formación* (D. 28 1), mimeo.
- Phelps Brown, E. H., 1962. *The Economics of Labor*, New Haven and London-Pinto, Aníbal S. C., 1965. "Concentración del progreso técnico y de sus frutos en el desarrollo latinoamericano", *El Trimestre Económico*, XXxn (1), núm. 125, pp. 3-69.
- Prebisch, Raúl, 1963. *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*, México.

- Quintana, Carlos, 1968. "El desarrollo latinoamericano: problemas viejos y nuevos". *Comercio Exterior*, México, xviii, 6, pp. 474-478.
- Rangel, Ignacio, 1963. *A Inflação Brasileira*, Rio de Janeiro. Reynolds, Lloyd G., 1964. *Economía laboral y relaciones de trabajo* (trad. M.T.M. de Silva Herzog), México.
- Ricardo, David, 1929. *Principles of Political Economy and Taxation*, London.
- Robinson, Joan, 1962. "Latter Day Capitalism", *NewLeft Review*. Robinson, Joan, 1968. *Introducción a la economía marxista* (trad. Carlos Medina), México.
- Robbins, Lionel, 1926. "The Dynamics of Capitalism", *Económica*, vi, 16, pp. 378.
- Rodrigues, Leoncio, 1966. *Conflicto Industrial e Sindicalismo no Brasil*, Sao Paulo.
- Sauvy, Alfred, 1963. *Malthus et les deux Marx*, París. Seers, Dudley, 1962. "A Theory of Inflation and Growth in Underdeveloped Countries", *Oxford Economic Papers*, June, 173-195.
- Seers, Dudley, 1967. "Las etapas del desarrollo económico de un país productor primario al promediar el siglo XX", *Desarrollo Económico*, vn, 27, pp. 211-231.
- Seligman, Ben B., 1965. "Automation and the Unions", *Dissent*, xa, 1, pp. 33-53.
- Simao, Azis, 1961. "Industrialisation et syndicalisme au Brésil", *Sociologie du Travail*, w.
- Simonnot, Philippe, 1969. "Les investissements américains", *Le Monde* (Sélection Hcbdomadaire), núm, 10-64, p. 11.
- Silberman, C, 1964. *Crisis in Black and White*, New York.
- Slawinski, Zygmunt, 1965. "Los cambios estructurales de empleo en el desarrollo económico de América Latina", *Boletín Económico de América Latina*, X, 2, pp. 160-187.
- Smith, Thomas C, 1966. *The Agrarian Origins of Modern Japan*, New York.
- Sternberg, Fritz, 1954. *¿Capitalismo o socialismo?* (trad. Salvador Achavarría), México.
- Sweezy, Paul M., 1958. *Teoría del desarrollo capitalista* (trad. H. Laborde), México.
- Sylos Labini, Paolo, 1966. *Oligopolio y Progreso Técnico* (trad. Enrique Irazoque), Barcelona.
- Tavares, María Conceicao, et al, 1964. "The growth and decline of import substitution in Brazil", *Economic Bulletin for Latin America*, rx, 1, pp. 160.
- Tholfsen, Trygve R., 1961. "The Transition to Democracy in Victorian England", *International Review of Social History*, VI, 2, pp. 226-248.
- Trotsky, León, 1948. *El pensamiento vivo de Karl Marx* (trad. Luis Echavarrí), Buenos Aires.
- Trotsky, León, 1962. *Historia de la Revolución Rusa*, ed. Tilcara, 2 t., Buenos Aires. Unión Panamericana, 1966. *América en cifras, 1965*, rv, Washington, D.C.
- Urrutia, Miguel, 1968. "Métodos para medir los diferentes tipos de subempleo y de desempleo en Colombia", en *C.E.D.E.*, pp. 25-29.
- Vigier, Jean Pierre y Waisand, George, 1968. "Revolution Scientifique et Impérialisme", *Les Temps Modernes*, xxrv, núm. 266-267, pp. 490-536.
- Villanueva, Javier, 1968. *Inversión privada extranjera, desarrollo industrial y comercio internacional*, (CIÉ, rrDT. mimeo), Buenos Aires.
- Whyte, William F. y Williams, Lawrence, 1968. *Towards an Integrated Theory of Development*, Ithaca, New York.

Willhelm, Sidney M. y Powell, Elwin H., 1964. "Who needs the Negro?", *Trans-Action*, I, pp. 36.

Zangheri, Renato, 1968. "Agricoltura e sviluppo del capitalismo. Problemi storiografici", *Studi Storici*, rx, 3/4, pp. 531-563.